

la Judería, por dos veces, en Túnez: la una con el empréstito tunecino, la otra con los bienes de Mustaphá, se comprarían las conciencias de más elevada cotización en una ciudad donde todo se vende.

Los judíos tienen á veces exclamaciones que revelan su asombro ante la riqueza de la presa que es objeto de sus miras. Después de Alarico y de Genserico, todavía quedaban por robar de los templos de Roma algunas planchas de oro. Después de haber Francia enriquecido á todos los judíos de Alemania, Polonia, Italia, Hamburgo, Franfort, Viena, Wilna, todavía tiene algunos restos de su fortuna de antiguos tiempos y los judíos, únicos que saben todo cuanto nos han tomado, se maravillan ante la idea de que todavía queda algo por tomar.

Cierta día se encontraba Thors, uno de los Semitas de la Sociedad hipotecaria de Túnez, con uno de sus amigos.

—¡Cuán rica es Francia! dijo Thors inesperadamente.

—Sí, ciertamente..... respondió mi amigo, sin comprender exactamente.

—¡Oh! exclamó Thors, en un trasporte de entusiasmo, en un acceso de lirismo, no sabéis, no, no sabéis cuán rica es Francia.

Parecía decirme mi amigo, que el judío hubiese tenido como la visión del tesoro fabuloso ante el cual se detuvo Ali Baba, deslumbrado, de la caverna llena, hasta su cima de barras de oro, pedrerías y diamantes.

III.

LA DERECHA Y EL PARTIDO CONSERVADOR.

La huelga de los reyes.—La oración de Enrique V en la mañana de Azincourt.—¿Qué representaría el reinado del conde de París?—Siempre el socialismo del presupuesto.—Las situaciones adquiridas.—Clericalismo y Francmasonería.—La diplomacia de Poubeile.—La cifra de los retiros triplicada.—900.000 funcionarios.—Todos quieren cobrar.—Las reducciones fáciles.—Los que rodean al conde de París.—La cizaña y el buen grano.—Los mismos príncipes se labran su mal por su falta de sinceridad.—El duque de Aumale.—Las ambiciones de un príncipe de la sangre.—Un doble matrimonio.—Amigos demasiado celosos.—La Batalla de Rocroy.—Cornely ó el dinástico exasperado.—El general Boulanger.—La popularidad del general.—Lo que esperan los campesinos.—Monarquía é Imperio.—Treinta Emperadores á la vez.—Purificación del partido conservador.—La medianía intelectual de los miembros de la Derecha.—La influencia del elogio periodístico.—Lo artificial sustituido á la realidad humana.—Las imágenes de la calle Saint-Sulpice y los verdaderos santos.—Nada se realiza sin el sacrificio.—La voluntad de morir.—La necesidad que tienen los hombres del heroísmo.—Se fabrican héroes de papel.—Charette.—Psicología del insurrecto.—Insurrectos rojos é insurrectos blancos.—Barbés.—El 12 de mayo de 1839.—Consejos á la nueva generación católica.—Necesidad de no infatuarse por palabras y de saber lo que se puede.—¡No nos dejemos llamar mártires!—La Derecha cal'a en todo.—La caravana parlamentaria y los judíos de Argel.—Un feudo semítico.—Bertholot y las Kábilas.—El perpétuo comenzar de la historia.—La desagregación del partido conservador.—Desilusión de los cándidos.—Qué ha venido á ser el periodismo conservador.—Los Católicos desarmados ante los ataques de la Prensa judía.—El asunto de Citeaux y la *Lanterne*.—¿Por qué no se exhuma á Rappaport?—El dogma de la calle de Richelieu.—Los acusadores de Citeaux.—La República excremental.—«La sesión de los años» en la Cámara.—René Laffon.—Las costumbres universitarias.—Un *Liceo de provincia bajo la tercera República*.—La moralidad de los miembros de la Izquierda.—Dos Radicales tomados á la casualidad.—Jorge Laguerre.—El pacto social y la manera de comprenderlo los Francmasones.—Otro defensor de la moralidad pública.—M. X...., continuador del marqués de Sade.—*La Historia de un Hermafrodita*.—Siempre la cortesanía de los conservadores.—La tara del cerebro de ciertos Católicos.—Purifiquemos nuestra imaginación del espectáculo de todas las sociedades republicanas yendo á contemplar la Naturaleza y admirar la obra de Dios.

Quizís digan algunos lectores que este libro no tiene entusiasmo por la Derecha; y es que, antes que todo, es el libro presente un estudio imparcial y leal y no una obra de partido.

Fuera de esto, ¿en qué clase de la nación se espera obrar en serio con declamaciones monárquicas que uno comprende ser vanas y huecas? ¿Cómo hallar súbditos ya que es visible que no hay rey tampoco?

Desde la muerte del Príncipe imperial, nadie ha querido resueltamente reinar, ni ha usado nadie el lenguaje de un rey. El príncipe Napoleón piensa como Naquet, y el conde de París habla como Baudrillart...

Háse dicho después de la desaparición del conde de Chambord: «Ahora vereis, libre como está ya el conde de París.» Y nada absolutamente se ha visto, por la sencilla razón de que nada podía verse.

Los Legitimistas se han reunido sin segundas intenciones, ó á lo menos se han resignado buenamente y á Felipe VII no le han molestado los recuerdos de Igualdad ni de 1830. Pensando él en los crímenes de su raza, podría también repetir en el momento de recobrar la Francia, la amable oración que Shakespeare, en el acto IV de *Enrique V*, pone en boca del Lancastre usurpador, en la mañana de Azincourt:

¡Oh Señor! no te acuerdes hoy, — ¡oh, no hoy! — de la culpa que cometió mi padre usurpando la corona. He mandado enterrar otra vez el cuerpo de Ricardo, y he derramado sobre él más lágrimas de contrición que gotas de sangre no hizo salir de él la violencia. Mantengo todo el año quinientos pobres, que dos veces al día, levantan al cielo sus viejas manos para implorar el perdón de la sangre derramada, y he construido dos capillas en las que sacerdotes solemnes y graves cantan perpetuamente para el alma de Ricardo. Aún haré más, si bien cuanto yo pueda hacer no sea de ningún valor, pues que mi penitencia viene todavía á añadirse á todo esto para implorar el perdón.

¿Por qué pues el conde de París no hace más que enviar alguna que otra vez cuando le molestan demasiado, instrucciones á los monárquicos ó cartas á los alcaldes que irritan á Mayer? Porque, en el fondo, este hombre inteligente y honrado se da cuenta exacta de la gravedad de la situación y de la inutilidad de sus esfuerzos.

Por una rara anomalía, el pseudo-representante del principio monárquico será muy pronto el solo, con algunos judíos, que bendigan la Revolución del 89, que todos, por una ú otra razón, execran, maldicen y envían á todos los demonios del infierno. El rey de Francia será el último de los Ochenta y nueve novistas.

En semejantes condiciones ¿qué significaría el reinado del amigo de los Rothschild?

¿El triunfo de los judíos?

Y en todas las clases de la sociedad se dibuja un movimiento de formidable protesta contra las monstruosas exacciones de Israel, movimiento que disimula apenas el silencio de los periódicos vendidos á la Sinagoga.

¿Qué más significaría este reinado?

La conservación del socialismo del presupuesto, la continuación de lo que vemos: la Francia comida, arruinada, extenuada por un ejército de funcionarios que viven en la holganza y el fastidio á costas de los que trabajan.

Acerca de esto es formal un pasaje del manifiesto que el conde de París ha creído, sin duda, muy hábil:

Los modestos servidores del Estado que han ganado su situación por su trabajo no estarán amenazados por que la deban á la República; sí, por una parte, todas las víctimas de la persecución republicana están aseguradas de recibir la amplia reparación que se les debe, por otra parte, los explotadores y los indignos que envilecen sus funciones serán los únicos que deban temer el advenimiento de un poder honrado y justo.

Meditad esto, y preguntad qué significa. Tenemos un sustituto que ha presentado su dimision en el momento de los decretos, es evidente que puede contar con una reparacion, que tiene derecho á una compensacion. En cuanto al sustituto nombrado en su lugar y que lo ocupa desde 1880, os dirá este hombre que no ha explotado, que no ha envilecido su destino, ha necesitado de la República como necesitaria de Felipe VII; ha citado el artículo 399 ó el artículo 400 y no sé cuántos; está dispuesto á citarlo todavia, y lo citará siempre...

Veamos el mismo Clemente. Fouquier Tinville decia: «Yo soy el hacha, ¿castiga el hacha? Clemente puede decir: «Yo soy el rompe-cabezas ¿castiga el rompe-cabezas? Pinard me ha mandado que hiciera dar golpes de rompe-cabezas moderadamente y lo he hecho. Floquet me ha dicho que los hiciera dar inmoderadamente y lo he hecho. Como hombre, puedo despreciar profundamente á ese Payaso de Floquet, quien, despues de haber bajamente halagado á la Commune y ostentado las ideas más revolucionarias para llegar al poder, lanza gendarmes contra sus antiguos amigos, pero como funcionario encargado de organizar la distribucion de los golpes de rompe-cabezas, solo debo obedecer.»

No se tiene idea de un gobierno que personificara el Orden negando el retiro á un hombre que, durante treinta años, ha repartido imparcialmente golpes de rompe-cabezas á los representantes de todas las opiniones.

Debe añadirse que solo los funcionarios republicanos y francmasones pueden contar, en un momento dado, con la proteccion clerical, tomando esta palabra clerical en el mal sentido, en el sentido de recomendacion é intriga.

Los pobres diablos que defendemos á la Iglesia cuanto podemos, no tenemos realmente más influencia que la de nuestras ideas. Sucede que á veces se nos viene á encontrar,

diciéndonos: «Conocereis á fulano ó zutano; debiérais recomendarme,» y contestamos: «No conozco á nadie. Todos mis amigos en el clero se parecen al viejo sacerdote de aldea á quien encontrasteis al salir de aquí; no ha querido irse de París sin verme, y me ha abrazado amorosamente por el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Esos miserables se lo han quitado todo, menós la sotana, que han encontrado en muy mal estado, y he satisfecho todos sus deseos, dándole un ejemplar de la *France juive*,—lo que me es tanto más fácil cuanto es á expensas de Marpon y Flammarion y han ganado bastante para contribuir á esta buena accion.»

Los funcionarios republicanos y francmasones son muy distintos; todos tienen la mauleria latina como los jueces; más ó ménos se parecen todos al Munacio Plaucus, antiguo criado de Antonio y que después lo fué de Augusto y á quien el historiador llama: «Traidor por temperamento,» *morbo proditor*...

La mayoría de los funcionarios que expulsaron á los religiosos, habian comenzado por mendigar la proteccion de los Jesuitas. Estad seguros de que las tres cuartas partes de los que más extrepitosamente manifiestan su celo á favor de la República, ya han hecho decir al conde de París que si continuan en su puesto es por servir mejor al Príncipe, cuando llegue el instante de dar á conocer sus verdaderas ideas. Es la historia de Saisset-Schneider, quien, siendo prefecto de Burdeos en 16 de mayo, enviaba cada dia dos memorias: una á Fourtou, la otra á Gambetta.

Otros están con un pié en el estribo, esperando. Uno de los tales Poubelle á quien Enrique Rochefort llama Bellepuce. Es más infame que todos. Como Flourens ha declarado, en pleno Ayuntamiento, que aún después de unas oposiciones, un francés cuyos sentimientos fueran cristianos no puede ocupar un empleo en la administracion y el Ayuntamiento fué bastante vil para aplaudir.

Un jóven que se habia hecho inscribir como miembro en el Círculo católico de Luxemburgo, se habia presentado para entrar en las oficinas de la Prefectura del Sena; pero se le declaró que si continuaba siendo miembro del Círculo, debía renunciar á la esperanza de entrar en el destino.

Esto es la organizacion del más innoble espionage y nadie sabe mejor que yo cuán diferentes son estas costumbres públicas de las del Imperio. En efecto, yo he pasado parte de mi infancia en las Casas Consistoriales; en el intermedio de dos clases del liceo Carlomagno iba á tomar un bocado y cumplir mi deber en el despacho de mi padre, que jamás ocultó á nadie sus ideas republicanas. Yo he leído las principales piezas de los *Châtiments* y la *Badinguette* en papel con el membrete: Prefectura del Sena, 1.^a division, 2.^a division, 3.^a seccion. ¡Qué contraste entre la tolerancia de un Haussmann y la granjería perseguidora de un Poubelle y comparsa!

Si Poubelle se presta docilmente á todas las ignominias republicanas, no así su Señora. Todos los periódicos dijeron, oportunamente, que en Marsella habia ella protestado contra las expulsiones y destrozado con sus blancas manos carteles anti-clericales.

Desde aqui podemos ver el movimiento: si la rueda da una vuelta, Poubelle dirá á su mujer: «Toma tu rosario y todas tus medallas y anda corriendo á casa de los Padres á abogar por mí y explicar que sólo he trabajado para el bien (1).

(1) Esto es algo parecido á lo de M. d'Ormesson, el nuevo introductor de Embajadores. Mientras que M. de Ormesson, prefecto entonces de los Bajos Pirineos, procedia á la primera ejecucion de los decretos, la señora d'Ormesson, nos dice el *Petit Caporal*, citado por el *Univers*, del 11 de setiembre de 1888, estaba arrodillada en la iglesia Saint Martin para protestar contra el acto odioso de su marido.

Nadie se imagina las peticiones republicanas recibidas ya por los Padres, que son la misma bondad, recomendándose á ellos anticipadamente.

De ahí resulta con la mayor claridad que el conde de París, si, por extraordinario llegara á ser rey, no licenciaria el ejército de los funcionarios que devora la Francia; todo lo más, daria el retiro á unos cuantos, lo que crearia una nueva clase de retirados. Hubo primero los retirados del Imperio, despues los de la República moderada llamada conservadora, ahora tendríamos los retirados de la República roja.

En 1871 se pagaban retiros civiles á 45,000 empleados y este servicio costaba 30 millones anuales.

En 1886 el número de los retirados civiles llegaba á 80,000 y el gasto alcanzaba á 59 millones en números redondos (exactamente 58.762,000 francos).

En cuanto á los sueldos, han subido de 307 millones á 460 millones por año, ó sea un aumento anual de 53 millones.

El país debia alimentar antes á 500,000 empleados; hoy tienen 900,000. Con la voluntad del conde de París de no vulnerar ningun derecho adquirido y la obligacion en que estaria de satisfacer el deseo de cobrar, deseo muy natural despues de todo, de los que han combatido á la República

Veamos que pasa en el almuerzo:—¿Rezaste mucho querida mia?—¿Y tú, querido mio, expulsaste bien?

Pero lo más raro de esto es que d'Ormesson, descendiente de los d'Aguesseau, es uno de los últimos representantes de la familia de San Francisco de Paula.

Debe añadirse que M. d'Ormesson, que es hombre muy hábil, halló medio, sin malquistarse con la República, de no participar en la segunda ejecucion de los decretos. No importa, es una época rara en la que se ven hombres que han tenido santos en su familia mezclados entre indecenes para penetrar, sin mandato, en domicilios privados y expulsar de ellos á los religiosos.

esperando ser indemnizados, tendríamos no ya 900,000, sino 1.200,000 funcionarios. Los 1.200,000 prebendados harían lo que hacen los 900,000 ya existentes; nos arruinarían sin enriquecerse ellos; serían todos pobres, todos padres menesterosos de hijos envidiosos y desclasificados cuya educación debe pagar la Francia y que no salen del colegio sino para trabajar en una revolución que les ayude á satisfacer sus apetitos.

Y no estaría el conde de París en mejor situación que la República para hacer frente á esta situación anormal (1).

Estrellaríase como ella en la fatalidad económica; no llegaría, en efecto, con su cuerno de abundancia debajo del sobaco y no tendría palabra mágica para llenar los cajones vaciados por los republicanos.

Las condiciones económicas no cambiarán por estar en el trono Felipe VII. Los americanos, por ejemplo, han comenzado por comprar todas sus locomotoras aquí; ahora fabrican una en veinticuatro horas y á buen seguro que por atención al conde de París no volverán á dirigirse á nosotros.

Y así sucede en todo, en telas, en relojería, y el conde de París lo sabe mejor que nadie, porque es mucho más fuerte que yo en estadística. No tiene más que coger un volumen de su biblioteca para ver en él los progresos que ha hecho Alemania solamente en los tejidos, en especial, que

(1) En agosto de 1888, anunciaba triunfalmente el Gobierno, en un aviso oficial, que había llegado á realizar una reducción de 6.500,000 francos en conjunto entre todos los ministerios para el próximo presupuesto.

Poco duró la alegría. El ministro de Hacienda no había sabido sumar y la reducción era de cuatro millones. Poco tiempo después, sabíase que ya no había tal reducción. Los que prescindían de una cantidad en el presupuesto ordinario pedían recargarla en el presupuesto extraordinario. Como se vé, todo esto es pura trampa. La verdad es que no hay en Francia un hombre que no quiera cobrar cuando no ha cobrado y que no tenga afición á continuar cobrando cuando ha cobrado ya una vez.

constituyen una diferencia de 89 millones anuales á favor de Alemania desde 1869.

En semejantes condiciones, por única razón de ser de un príncipe, en lugar de ser hombre á la moderna, debiera volver á las tradiciones de la antigua monarquía. En aquellos tiempos se servía al Estado, pero no se servía de él. Cuando se había desempeñado alguna fastuosa embajada como la del duque de Saint-Simon en España, se moría rodeado de escribanos que inventariaban hasta vuestros manuscritos.

Quizás fuera más rara hoy semejante abnegación; pero fuera de la Bohemia política, la misma en todos los partidos, aun se encontrarían en las reservas de la Francia excelentes ciudadanos que gustosos ofrecerían gratis sus servicios al país y á quienes se les condecoraría en cambio.

Hay en París dos ó trescientos comerciantes que se han retirado de los negocios en plena fuerza de la edad, acostumbrados á dirigir grandes administraciones con orden é inteligencia y que consentirían en desempeñar gratuitamente los cargos de director de la Asistencia pública.

Fijémonos en German Bapst, á quien cito porque le conozco; es un joven rico, activo, se ocupa en el arte francés con pasión por tradición de familia; ha viajado en todos los países del mundo. ¿Creeis por ventura que no sería un director de Bellas Artes superior á Larroumet, que era profesor en Stanislao y que abandonó á los clericales cuando no estuvieron en disposición de serle útiles para adular bajamente á Simon llamado Lockroy? ¿Qué necesidad tienen las Bellas Artes de que las dirija ese Larroumet? ¿Qué puede saber de Bellas Artes ese tal Larroumet?

Anunciad unas oposiciones muy difíciles para el cargo de inspector de las Bellas Artes: tendréis cincuenta jóvenes muy instruidos, que no hacen nada y que están prendados

de ejercer el cargo á título puramente honorífico para ocupar inteligentemente su tiempo. Admitiendo lo imposible, suponiendo que las oposiciones no dieran resultado, pensad que el obelisco no caería porque las Bellas Artes no fueran inspeccionadas. Ellas mismas se inspeccionarian, y punto redondo.

Consiste la gran desgracia en la obstinacion de centenares de miles de parásitos en querer vivir á costa del país que ya no es bastante rico para alimentarles. Francia se parece á una madre cuyos hijos de cuarenta á cincuenta años se obstinarian siempre en mamar. La pobre madre no puede darles ya la teta: no hay mala voluntad por su parte; no puede más, ya no tiene leche.....

Esto es lo que debieran decir los Príncipes y lo que M. Francis Magnord debió poner en el manifiesto, ingenioso por otra parte, que puso á la firma del conde de París.

¿Por qué no hablan así los Príncipes? Porque tienen detrás de sí un estado mayor que no quiere creer que el aparador esté vacío y que no puedan sentarse á la mesa á su vez.

Cierto que la mesa del conde de París estaría mejor puesta que la actual y se comerá en ella con más limpieza, pero, en el fondo, todos los politicones se parecen.

El duque Decazes á quien el Orleanismo quiere constituir en grande hombre estaba enredado en todos los baturrillos rentistas. El fué el primero que prostituyó la Legion de honor, haciendo conceder á Hirsch la placa de gran oficial. Para que le nombraran diputado en Puget-le-Théniers, habia pedido el apoyo del partido separatista; habia formalizado una alianza cínica con él y no habia vacilado un instante en sacrificar todos los intereses de Francia en el punto de vista comercial en el proyecto de tratado de comercio con

Italia (1). Los diputados encargados de la informacion encontraron despachos los más increíbles acerca de esta candidatura, y no los publicaron todos.

¡Cuántos hombres de los que forman la camarilla del conde de París wilsonearian, como simples republicanos, si estuvieran en disposicion de hacerlo! Ya se sirven del nombre de su amo aún ántes de ser rey.

Hace dos años supo París con estupefaccion el próximo matrimonio de una jóven de la aristocracia con un gran comerciante de París, uno de los que, segun la frase de los murmuradores de Wilson, «no son condecorables ni aún por 100,000 francos.»

Todo estaba decidido y los periódicos habian anunciado el himeneo cuando el padre hizo pedir una audiencia inmediata al conde de París. Llegado el dia, entra en casa del pretendiente con la cara sombría y afligida del conde de Nangis en *Marion de l'Orme*: no faltaban sino los alabarderos.

—Monseñor, sabeis los sacrificios de nuestra familia á favor de la Monarquía; pero, permitidme os diga con respetuosa franqueza, hubiera preferido que me hubieseis pedido otra cosa...

—Veamos, explicáos, díjole el conde de París.

—Sí, monseñor, exigis de mí un rudo sacrificio.

—Os repito que no os comprendo...

(1) Consúltese el libro verdaderamente profético de M. Brachet: *La Italia que se ve y la que no se ve*.

«Despues de un simulacro de discusion, escribe M. Brachet, el ministro francés firmó el tratado de comercio franco-italiano cuyas condiciones habian declarado inaceptables seis meses antes los negociadores franceses. En cambio, el duque Decazes obtenia el apoyo del partido italiano para su propia candidatura en el condado de Niza.

«Luego que el gabinete de Roma tuvo en su poder el tratado, apresuróse á hacerlo ratificar por el Parlameato, á fin de cortarnos toda retirada ulterior. En efecto, sólo con mucho trabajo rechazó la Cámara el convenio en 1878, merced á la energia del ponente M. Berlet.

—La fortuna, la vida, nada importan, pero aquí se trata de la misma honra.

—Os mando que habéis claro.

—Finalmente, ¡este matrimonio!...

—¿Qué matrimonio?

—El matrimonio de mi hija... Me habeis hecho decir que deseábais esta union para reconciliar la aristocracia con el gran comercio parisien.

—¡Yo! No os he hecho decir nada absolutamente...

Acabó por explicarse el *quid pro quo*. El gran comerciante había enviado á uno de los familiares del conde de Paris la factura de su mujer con el recibo y el familiar no supo hallar cosa mejor, para agradecer tan delicada atencion, como hacer intervenir el nombre del conde de Paris cerca del padre de la jóven para decidir el matrimonio.

Hubiérase verificado la union á no ser un pasante de notario que salvó la situacion, como en *Francillon*, y que, presentando el proyecto de capitulaciones á la familia de la jóven, obró honradamente y salvó, ilustrándolas, á aquellas honradas personas.

El conde de Paris tiene idea de todas estas evidencias. Si pudiese hablar libremente, fumando un cigarro con un hombre de buen sentido como yo, estoy seguro de que me diria que tengo razon; pero está obligado á continuar cuando ménos la tradicion epistolar del conde de Chambord. De vez en cuando promete montar á caballo á personas que no tienen el menor deseo de montar á caballo en pos de él y que, generalmente, ni tienen caballo. En cuanto á mí, puedo ofrecerle replegarme con Bob, y aun es preciso que Bob esté muy dispuesto y sabe Dios que no lo está siempre.

No puede imaginarse á que punto se desgracian los Príncipes insistiendo en alardear ideas que no son las suyas y

representar papeles que no les corresponden para sus facultades.

El duqué de Aumale es elocuente ejemplo acerca de esto.

«Gran desgracia es no haber nacido en su patria,» decia Teófilo Gautier quien, ante las vulgaridades y los prosaismos de París, soñaba incesantemente en la India de raras vegetaciones, de palacios de mármol cuyas escaleras se bañaban en el Ganges, de bosques de bambús llenos de rugidos de tigres...

Gran desgracia es, pudiera decirse tambien, no haber nacido para su posicion. El duque de Aumale es asi: no habia en manera alguna nacido para ser príncipe y habiase formado de la existencia un concepto que nada tenia de príncipe.

Para el duque de Aumale no hay en la vida sino dos excelentes situaciones para un hombre: general de division y académico. Cuando se tiene algunas gotas de sangre de Luis XIV en las venas, pudiérase tener más noble ambicion: tambien es justo decir que se pudieran tener deseos más bajos.

El hombre se resiente siempre en el fondo de lo que le impresionó más vivamente en la hora de las sensaciones juveniles, cuando no se han formado aun las suturas del cerebro, cuando, segun la espresion de Daudet, «no se está aún acabado de imprimir.» En aquella época de la vida, el duque de Aumale vió de cerca á Cuvillier Fleury que fué su preceptor y Bugeand que fué su general, y dijo para sí: «Creeré cumplido mi destino si reuno en mí á estos dos hombres.»

Asi es y de nada serviria cuanto pudiera decirse acerca del particular. Toda la pulitica monarquista contemporánea ha versado acerca de la idea fija que tenia el heredero de los Condé de conservar esos dos uniformes, acerca de la

ilusión que les dejaría si se convirtiera en pequeño muchacho, con la esperanza, de que no dando un céntimo á nadie por conspirar, llegaría á morir en Chantilly y que Renan pronunciaria en su sepulcro un discurso sentimental y lúbrico que haría sonrojar á M. Bocher y llorar á Leonidas Leblanc...

Para llegar á esto, desplegó el duque de Aumale una diplomacia sin igual.

El gran arte de un príncipe de nuestra época, el arte vital, pudiera decirse, es conciliar su idea fija que consiste en estar tranquilo con el deseo, más aparente, por otra parte, que real, que manifiestan los fieles de ver agitarse á su príncipe.

Cierto que la mayoría de las abnegaciones se páran en su camino luego que ya no se las subvenciona, pero las hay que siguen siempre como ciertos perros que se pegan á vuestros pasos con desesperada obstinacion y de los que no sabe uno como deshacerse. Para esos tales precisa descubrir una fórmula que contente momentáneamente á los más ardientes y que les haga tener un poco de paciencia.

El conde de Chambord fué perseguido toda su vida por personas que querian absolutamente hacerse matar á su lado, y como aquel príncipe, de corazon magnánimo y bueno, no tenía el menor deseo de hacerse matar, ni de hacer matar á nadie por un pueblo que guillotina á un monarca paternal y virtuoso como Luis XVI y que diviniza á Marat antes de incensar á Barras, inventó la cuestion de la bandera. El Príncipe Napoleon, más cínico y que reía á carcajadas cuando Raoul Duval le llamaba «el Príncipe mejo...» se ha contentado con declarar que él era republicano. El duque de Aumale había inventado el retrato. Para deshacerse de los que, sin conocerle, iban á importunarle con proyectos de accion, tenía un retrato del Taciturno, y,

como en el fondo, los más fogosos partidarios de la accion no piden más que ser desalentados, los visitantes de Chantilly se dispersaban en París diciendo: «El Príncipe espera su hora. Enseñándonos el retrato del Taciturno tuvo un gesto que significa largo.»

Este egoista de cualidad superior habíase así preparado, con innegable habilidad, un sepulcro muy bordado de sedas; ese solteron, ese refinado, no había olvidado nada de lo que podía embellecer sus postreros dias; había celebrado con la Academia un matrimonio oficial y un matrimonio morgagnático con Babet.

El pobre príncipe no había contado con los servidores obstinados de la idea monárquica; provocaron de tal manera al público con la batalla de Rocroy, que se acabó por quitar su grado al duque de Aumale y, al fin, por expulsarle.

No se desanimó el príncipe; hizo que los Lambert de Bruselas se interesaran cerca de Carnot; lanzó los miembros del Instituto encima de Floquet y creyó que iba á salirse con la suya y ver levantado su destierro.

¡Ay! ignoraba el infortunado lo que son amigos adictos. Sucedióle la misma desgracia que al diputado muy amado que no podía dar un paso en su ciudad natal, ni siquiera dirigirse al sitio más retirado, sin que inmediatamente empezasen una tocata de bravura todos los músicos y todos los orfeones.

«¡La batalla de Rocroy! ¡Condé arrojando su baston de mando á las líneas enemigas! ¡Los Príncipes de la Casa de Francia!»

Finalmente, el duque debió quedarse en Bruselas con Babet..... (1)

(1) Según los periódicos de hoy (13 marzo) el duque de Aumale asistió ayer al mediodía á la sesion de la Academia francesa despues de